

La Virgen del Peral de Bogajo

Provincia | MITOS Y LEYENDAS DE SALAMANCA

Escrito por: Raúl Martín

Domingo, 15 de Junio de 2014 10:07



SALAMANCA24HORAS rescata del olvido nuevos relatos sobre los mitos, leyendas e historias prodigiosas de la tradición salmantina. Desde los albores de los tiempos, el ser humano ha tratado de ofrecer una coherente explicación a cada uno de los elementos que interfieren en este planeta llamado Tierra. Sin embargo, no siempre puede encontrar un motivo racional. Es ahí donde entra el folclore, impregnado de misticismo y fantasía, historias transmitidas en el sereno, a la luz de la hipnotizadora lumbre

La imaginería popular ha convertido a la vieja Castilla en un hervidero de fervor. Por doquier rezuman las historias de tallas milagrosas que un día aparecieron de la nada y hoy día son epicentro de la devoción de miles de personas que reclaman su ayuda celestial cuando la acción terrenal nada más puede hacer. Cada pueblo tiene una Virgen y un Cristo que, a su vez, llevan aparejado consigo un relato fantástico sobre su origen. Estas historias son transmitidas de generación en generación, aunque el celer de devenir del progreso y la despoblación de las zonas rurales están relegando casi al olvido el folclore popular que hasta ahora había sobrevivido por vía oral a cualquier intromisión del ominoso destino. La Madre de Jesús de Nazaret protagoniza un seguimiento sin parangón en la provincia de Salamanca y raro es encontrar un municipio sin una talla capaz de asombrar a propios y extraños. Una de las más desconocidas es la Virgen del Peral en Bogajo.

Cuenta la leyenda que había una vez un joven pastor que llevaba con esmero el ganado por tierras del Abadengo. Bogajo siempre fue cruce de caminos, de ahí su importancia en la trashumancia, pero su cercanía con Las Arribes también le confieren abundantes pastos entre dehesas, sierros y pequeños ríos. Una singular orografía que en ocasiones propicia la existencia de árboles frutales más propios de parajes mediterráneos. En aquel entonces se esparcía por la finca de Las Torrecillas media legua de perales, tan frondosos como prolíficos, cuyos frutos eran sabrosos. El zagal gustaba de acudir allí cada mediodía. Mientras el ganado pastaba él recomponía fuerzas con el succulento postre.

Pero una soleada mañana de junio algo trastocó su habitual tranquilidad. El casco de unos caballos resonaba a lo lejos. Al principio el pastor no le dio importancia. Será uno de tantos comerciantes de paso por estas tierras, pensó. Pero nada más lejos de la realidad. El trotar del jamego era cada vez más atronador. Más cercano. El zagal comenzó a impacientarse. De repente apareció por el horizonte de la dehesa un veloz caballero. La impaciencia se transformó entonces en temor. Eran tiempos de persecución a los templarios, de venganza y muerte. El pastor creyó que podría tratarse de un caballero huido que no querría dejar rastro de su presencia por lo que podría acabar con su vida. De ahí que decidiera esconderse en lo alto de uno de los perales.

El jinete se detuvo al llegar a los árboles, miró hacia los cuatro puntos cardinales para cerciorarse de que se encontraba solo y bajó del caballo. Entre sus brazos portaba algo. Desde su escondite el pastor no podía discernir con exactitud el contenido del objeto, cubierto con una tela. El caballero fue perdiéndose entre los árboles. Una hora después, regresó. Y como había llegado, raudo, se fue. El pastor bajó del árbol. Agradiendo a los cielos que hubiera pasado desapercibido, buscó el ganado para regresar al pueblo. El sol ya había iniciado su descenso. Pero la curiosidad se apoderó del sentido de la responsabilidad que caracterizaba al zagal y decidió seguir los pasos del caballero.

Era buen rastreador y ni le costó seguir las pisadas hasta el lugar donde se detenían. Sin embargo, allí el rastro se tornaba confuso, como si el jinete hubiera estado deambulando sin parar. El pastor escudriñó la zona, pero no halló movimiento de tierra alguno. Estaba convencido de que el caballero había escondido el objeto que portaba, pero no podía averiguar dónde. La imaginación del joven comenzó a divagar por el reino de los sueños, anhelando que pudiera tratarse de un tesoro. Y así el ansia de encontrarlo crecía. Tanto tiempo empleó en la búsqueda que no se percató de que anochecía. Los primeros cantos del búho le devolvieron a la realidad y de un brinco oteó el horizonte entre el tronco de los ár

boles. Maldiciendo su infausta curiosidad, el zagal se dispuso a regresar con su rebaño, pero algo le hizo frenar en seco. Entre uno de los árboles asomaba un trozo de tela, tan blanco como la luna que ya ascendía hacia su trono.

Al acercarse comprobó que el árbol había sido quebrado. Por eso no halló rastro en la tierra, el caballero había hundido su espada en un tronco y escondido la carga. El pastor retiró la madera y allí estaba. El objeto recubierto con una tela que viera portar al jinete horas antes. Retiró el paño con sigilo, esperando que un brillo cegador iluminase sus ojos, pero la mirada se tornó en indiferencia. Ni rastro del tesoro. En su lugar encontró la talla de una virgen. El zagal la tomó en brazos y la llevó a Bogajo, donde relató a los lugareños el hallazgo, eso sí, obviando la parte de la historia que hacía mención al caballero. Desde entonces, es la patrona de la localidad, la Virgen del Peral.